EL TEATRO.
COLECCION DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.

A ESPALDAS DE SU MARIDO,

COMEDIA

EN DOS ACTOS Y EN PROSA,

ORIGINAL DE

DON ILDEFONSO ANTONIO BERMEJO.

MADRID.
HIJOS DE A. GULLON, EDITORES.
OFICINAS: POZAS—2—2.°
1879.

A ESPALDAS DE SU MARIDO.

Digitized by the Internet Archive
in 2018 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

https://archive.org/details/espaldasdesumari00berm

A ESPALDAS DE SU MARIDO,

COMEDIA

EN DOS ACTOS Y EN PROSA,

ORIGINAL DE

DON ILDEFONSO ANTONIO BERMEJO.

Estrenada con aplauso en el Teatro de VARIEDADES la noche del dia 13 de Marzo de 1879.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ.—CALVARIO, 18.
1879.

PERSONAJES.	ACTORES
ELENA	Sra. D.ª Mercedes Garcia.
CLARA	Srta. D.ª Luisa Rodriguez.
JACINTA	Sra. D.ª Aurora Rodriguez.
GUILLERMO	D. Andrés Ruesga.
DON DIEGO	José Alverá.
DON FACUNDO	Federico Tamayo.
SATURNINO	José Lujan.

La accion pasa en Madrid.—Época actual.

Las indicaciones del lado del actor.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traduccion.

Los comisionados de la Galería Lírico Dramática, titulada el Teatro, de los HIJOS de A. GULLON, son los exclusivamente encargados de conceder ó negar el permiso de representacion, y del cobro de los derechos de propiedad

Queda hecho el depósito que marca la ley.

ACTO PRIMERO.

El teatro aparece dividido en dos compartimientos. El de la derecha representa un escritorio elegante y bien amueblado con atributos propios á un agente de negocios. Puerta en el foro que guía á la calle: otra á la derecha que conduce á un gabinete sin salida, y otra á las habitaciones de la casa. El compartimiento de la izquierda representa el estudio de un pintor, donde se verán cuadros, bocetos, figuras de yeso, armas, caballete, etc., y un capote de oficial de infantería, ros y sable colgado de una percha. Puerta en el foro que presta acceso á la calle; otra á la izquierda, que conduce á la interior, y otra puerta, en segundo término, que da á un gabinete sin salida. Serán habitaciones con igual distribucion de aposentos en ambos compartimientos.

ESCENA PRIMERA.

Aparecen, FACUNDO escribiendo en el escritorio, GUILLERMO en el estudio leyendo *El Imparcial*, y SATURNINO cepillando una sotana, un manteo y un sombrero de teja.

SAT. ¿Cuándo vienen los nuestros, mi capitan?

GUILL. ¿Quiénes son los nuestros?

SAT. Los que jagan las cosas derechas.

GUILL. Esos no vendrán nunca. Mande Juan ó mande Pedro,

siempre andarán las cosas torcidas en España. (Sigue leyendo.)

SAT. ¿Es desí, que siempre estará usted con el grao de comendante sin la efectiviá?

GUILL. ¿Quién piensa en eso? La pintura me da lo bastante para pasarlo medianamente. (Sigue leyendo.)

SAT. Malamente, digo yo, pues está usted debiendo ar casero, ar sastre, ar sapatero...

GUILL. No me traigas esos recuerdos. Mientras no me molesten...

SAT. Ya lo creo. Como usted se jase sordo á los campaniyasos, y no resibe á los que vienen pidiendo el parné, y sólo este nene es er que aguanta los chaparrones.

GUILL. Ya tendremos dinero y se pagará á todo el mundo.

SAT. (Cantando.) Cuando la rana crie pelos...

FAC. (Repasando un libro.) Al pintorcito de al lado ya es necesario acusarle las cuarenta. Como mañana no me pague los dos meses de alquiler que lleva devengados, le echo encima la ley de desahucio y le arrojo del cuarto.

SAT. Mi capitan; ya está sepiyao er traje de cura.

GUILL. Bueno; ténlo preparado para ponértelo.

SAT. ¿Me voy á vestí de cura?

GUILL. Sí, tu fisonomía se presta, eres un modelo universal.

SAT. Antiayé me vestí de guerrero, ayé de moro y hoy me toca ser cura.

GUILL. Quiero terminar ese cuadro de costumbres domésticas. Representarás hallarte en una casa, despues de una boda, amonestando á los novios.

FAC. Son muchos los que deben y pocos los que pagan. Es menester que cese tanta indulgencia.

SAT. ¿Cuándo me visto, mi capitan?

GUILL. Dentro de un rato. Esperaré á la dama misteriosa del retrato, que no he podido saber quién es ni cómo se llama, ni dónde vive. ¿No has podido tú investigar nada por medio de su sirvienta?

SAT. Naita. Y eso que la estrujo cuanto pueo pa que gomite; pero no le saco ná.

GUILL. ¿Por qué no la enamoras?

SAT. Jase tiempo que estamos en intimiá perfeuta.

GUILL. ¿Y me lo has callado? (Sigue leyendo.)

SAT. ¿Y pa qué había yo de desí...

GUILL. (De pie.) ¿Qué estoy leyendo?

SAT. (Asustado.) ¿Sa tirao arguno por el viaduto?

GUILL. ¡Es una noticia próspera!

SAT. ¿Sa muerto argun defunto pariente de usted y le deja heredero?

GUILL. El vecino de al lado, el casero, es prestamista. Aquí se anuncia. Voy á verle. (Tira el periódico.)

SAT. ¿Y pa qué?

GUILL. Ya lo sabrás. Pronto vuelvo. (Váse.)

SAT. La Maalena te guie.

ESCENA II.

SATURNINO.

SAT. Ma dejao patitieso. ¿Apostamos argo á que le va á pedí dinero? Y eso que debe dos meses de arquilé. Jaga lo que quiera; yo me las guiyo á la cosina á fregá la losa y á espumá er puchero, y aluégo á remirgarme por si viene Jasinta con la dama misteriosa, pa que me encuentre en positura elegante. (Váse por la segunda puerta izquierda.)

ESCENA III.

FACUNDO, luégo GUILLERMO.

FAC. (Cerrando los libros y poniéndose de pie.) He terminado por hoy. Mañana apremio á los deudores. Se acabó el tiempo de las contemplaciones. (Aparece Guillermo por la puerta de la izquierda.)

GUILL. Buenas tardes, señor don Facundo.

FAC. Muy buenas las tenga usted.

GUILL. ¿Á qué le parece á usted que vengo?

FAC. Á pagarme lo que me debe.

GUILL. (Sonriendo.) ¡Quiá! No señor. *El Imparcial*, en su seccion de anuncios, me ha dicho que es usted agente de negocios y que presta dinero con interés.

FAC. Y ha dicho la verdad,

GUILL. Pues yo, en vista de ese anuncio, he venido á proponerle un negocio monstruo.

FAC. ¿Monstruo?

GUILL. Sí, señor. Ese calificativo merece un negocio que le proporciona á usted el medio de ganarse mil duros en ménos de quince dias.

FAC. Siéntese usted, y explane el negocio. (Se sientan.)

GUILL. (Ap.) (Se ablandó.)

FAC. Hable usted.

GUILL. Es decir que tengo el uso de la palabra. Empecemos. (Con descaro, arreglándose la corbata.) ¿Qué le parece á usted mi figura?

FAC. ¿Su figura de usted?

GUILL. Sí, señor; con franqueza. Míreme usted despacio.

FAC. Pero ¿qué tiene que ver?

GUILL. Le advierto que estamos ya dentro del negocio.

FAC. ¡Cosa más rara! Pues señor... Me parece usted un jóven bizarro, guapo, elegante, etc., etc., etc.

GUILL. Esas tres etcéteras son otras tantas perfecciones ó lindezas que omite usted para no cansar.

FAC. Pero no veo el negocio.

GUILL. Pronto le verá. Existe en Madrid una jóven hermosa como un ángel, rica como Creso, y de familia tan distinguida como la del Cid. Esta jóven se ha apasionado de un servidor de usted. Su tutor no aprueba estas relaciones, pero yo, prévio el asentimiento de la enamorada, he decidido robarla.

FAC. ¡Hombre!

GUILL. Un rapto. La saco de su casa; nos escondemos, ó la escondo en la mia: el tutor querrá evitar el escándalo. Nos llama, nos casa; me entrega la dote de la novia, dote considerable, le doy á usted dos mil duros en cam-

bio de mil que vengo á pedirle, y asunto rematado. Ahora tiene usted la palabra.

FAC. ¿Y quién me garantiza los mil duros que voy á darle?

GUILL. Mi paga de capitan.

FAC. ¿Y si se muere usted ántes que?...

GUILL. Me reza usted. Ese es un deber de todo cristiano.

FAC. ¿Y recupero yo por eso mi dinero?

GUILL. No; pero en cambio, tendrá usted un amigo reconocido en el otro mundo, deseoso de verle y darle un abrazo.

FAC. Gracias.

GUILL. Hablemos sériamente. No hay negocio que no tenga sus contingencias; pero no es posible que yo me muera tan pronto. Tengo robustez; treinta y dos años; como con apetito; hago buenas digestiones; no tengo ningun alifafe...

FAC. Lo meditaré; déjeme usted tiempo.

GUILL. Le advierto que urge; que el rapto está ya combinado.

FAC. (De pie.) No olvide usted que me debe dos meses de alquiler.

GUILL. Será usted satisfecho con creces.

FAC. Pues hoy mismo recibirá usted por escrito mi resolucion.

GUILL. Está muy bien. No me detengo, que espero á una dama misteriosa á quien estoy retratando, y ántes he de averiguar si la que va á ser robada persiste en su propósito. Conque, saludo á usted, señor don Facundo. (Se dan las manos.)

FAC. Páselo usted bien. (Le acompaña hasta la puerta.)

ESCENA IV.

FACUNDO.

FAC. Espinosillo es el negocio; no me gusta y le contestaré con la negativa. (Sale Jacinta por la puerta del foro con un reloj grande de sobremesa, con peana y fanal.)

ESCENA V.

FACUNDO, JACINTA.

JACINTA. ¡Cómo pesa este mueble!

FAC. ¿Qué es eso?

JACINTA. Un dependiente de la «Adalia azul» ha traido esto, diciendo que ya usted lo habia ajustado.

FAC. Mucha verdad. Colócalo encima del velador que está en ese gabinete. (Señalando á la primera puerta.)

JACINTA. ¿No correrá peligro?

FAC. Ahí no entra nadie. (Entra Jacinta en el gabinete, y sale despues.) Bien carito me ha costado el capricho de mi mujer. ¡Cuatro mil doscientos reales! Veré si consigo desenojarla con este obsequio.

JACINTA. Ya está colocado. ¿No estaría mejor en la sala?

FAC. Ese será su sitio; pero despues de dar una sorpresa á Clara, á la cual tengo enojada desde ayer. He sabido que estaba deseosa de ese reloj, y se lo he comprado. No la digas una palabra; te lo prohibo.

JACINTA. Pierda usted cuidado.

FAC. ¿Y mi suegro?

JACINTA. Preparándose le ví para salir á la calle. Aquí se acerca.

FAC. (Cogiendo el sombrero.) Me voy ántes que me haga cargos por mi desabrimiento con su hija. No le digas que me has visto. (Váse por la puerta del foro.)

ESCENA VI.

JACINTA, DIEGO.

JACINTA. (Sacando una carta del bolsillo.) Le entregaré la carta.

FAC. Segun *La Correspondencia* de anoche, hoy están las cuarenta horas en San Ginés, y predica el padre Cardona. ¡Buen orador!

JACINTA. ¿Señor?

DIEGO. ¿Qué ocurre?

JACINTA. Esta carta ha traido el cartero.

DIEGO. (Tomándola.) Venga. Del interior.

JACINTA. ¿Me necesita usted?

DIEGO. Para nada. Arregla mi cuarto.

ESCENA VII.

DIEGO.

DIEGO. (Abriendo la carta y mirando la firma.) ¿Qué veo? Don Francisco Montejo, mi antiguo amigo, que todo me lo confía. Veremos lo que desea. (Lee poniéndose los anteojos.) «Mi querido D. Diego. Los pronósticos de usted se han »realizado. Mi sobrina y pupila, obedeciendo á un exa»gerado sentimiento de romanticismo, se ha fugado de »mi casa aprovechando la ocasion de hallarme enfermo »en cama.» (Habla.) ¡Qué escándalo! Se lo tenía yo pronosticado. (Lee.) «Debe estar con su amante el pintor, »que vive en el cuarto inmediato al de usted. Sáquela. »por Dios, de esa vivienda hoy mismo para evitar ma»yores escándalos, que aquí estoy yo para sufragar los »gastos que sean menester. Compadezca usted á este »pobre valetudinario, que es su mejor amigo, etc., etc. «Post Data». Le doy permiso hasta para casarlos.» (Habla.) Conque los tengo al lado. La fugitiva es nuestra vecina. Yo la sacaré de ahí; pero ántes veré al enfermo para presentarle mi plan de batalla, y si lo aprueba... No me quiero detener. (Va á salir y aparece Clara por el foro.)

ESCENA VIII.

DIEGO, CLARA.

CLARA. ¿Papá?

DIEGO. ¿Qué deseas?

CLARA. Creo que no ignora usted la reyerta que tuve ayer con Facundo.

DIEGO. ¿Y qué?

CLARA. No ha querido usted defenderme, y no puedo soportar

tanta tiranía. No soy dueña de salir á la calle para pagar mis visitas, para hacer mis compras en las tiendas; esta es una reclusion ofensiva á mi dignidad. ¿Me he casado para vivir encarcelada?

DIEGO. Verdad que Facundo es algo celoso.

CLARA. No le doy motivos para ello; y por lo tanto, y por deber de usted quiero, que como padre cariñoso y razonable vea á Facundo y le aconseje usted lo que...

DIEGO. ¡Basta! El mundo está corrompido, y tu esposo sabe lo que se hace. Acabo de saber una cosa que me ha hecho temblar, y voy á poner remedio...

CLARA. ¿Qué ha sabido usted?

DIEGO. No quiero decirlo ahora. Con ustedes toda vigilancia es poca. Niego, pues, en absoluto la intervencion que solicitas. No digo más. Adios.

ESCENA IX.

CLARA, luégo JACINTA.

CLARA. (Reflexionando.) ¿Qué será lo que ha sabido? ¿Acaso mis escapatorias al cuarto del pintor donde me estoy retratando? Yo he debido revelarlo... Pero mi esposo se habría opuesto.

JACINTA. (Sale trayendo un velo en la mano.) Ni su papá, ni su marido están en casa. Mejor ocasion no puede presentarse. Acuda, pues á la casa del vecino para que le concluya el retrato.

CLARA. No me atrevo.

JACINTA. ¿Y por qué?

CLARA. Se me figura que mi papá tiene conocimiento de mis escapatorias. Me ha hecho ciertas alusiones...

JACINTA. ¿Por dónde ha podido saberlo? ¿Quién nos ha visto? Cuando usted ha salido, yo me he puesto en acecho, y ha penetrado usted en la casa del pintor sin que nadie observara. El mismo retratista ignora que es usted su vecina. Se desvive por saber quién es usted y no lo ha conseguido, ni lo conseguirá.

CLARA. ¿Quién sabe?

JACINTA. Sobre todo; ¿es algun delito retratarse á escondidas de un marido intolerante, que al fin verá el retrato, y que es usted retratada por un artista modesto, inofensivo...

CLARA. No le enaltescas tanto.

JACINTA. ¿Se ha propasado?

CLARA. No me ha faltado al respeto; pero aunque con finura se ha atrevido á galantearme, acaso creyéndome soltera. Yo me he reido. Acabe mi retrato, que será hoy, y él se quedará en su casa y yo en la mia.

JACINTA. Pues su criado, que es un andaluz de mucha gracia, hª seguido las lecciones de su amo.

CLARA. ¿Qué te ha dicho?

JACINTA. Cosas muy formales. Cuando yo la he acompañado, mientras usted se retrataba, no perdíamos el tiempo. Pero no se olvide usted que el pintor aprovecha la buena luz, y que es el último dia.

CLARA. ¿Pero no te dije esta mañana que espero á la pobre Elena, que se ha fugado de la casa de su tutor, y le he ofrecido hospitalidad en la mia? La espero de un momento á otro, que vendrá acompañada de su tia, que ha protegido la evasion.

JACINTA. ¿Y por qué no hace la tia el favor por completo, temiéndola en su casa?

CLARA. Teme mucho al tutor. Ella es muy romántica.

JACINTA. ¿Y su papá de usted, y su marido?...

CLARA. Mientras los preparo, diré que es mi costurera. El plan está ya combinado. Solamente tú y yo estaremos en el secreto... ¡Aquí se acerca! (Recibe á Elena abrazándola)

ESCENA X.

CLARA, JACINTA, ELENA.

CLARA. ¡Elena querida! ¡Mi inolvidable compañera de colegio!

ELENA. (Con actitud romántica.) Sí, recibe piadosa, á esta infelice proscripta, víctima de la pasion más pura. Encuentre

yo en tu morada el oasis de esta vida agitada y azarosa.

CLARA. Aquí encontrarás lo que deseas.

ELENA. No todo lo que deseo; pero sí un reposo fugaz y transitorio, mientras asoma el radiante sol de mi ventura.

JACINTA. (Ap.) (¡Qué señorita tan patética y funeraria!)

CLARA. ¿Pero, cómo has tenido valor?...

ELENA. ¿Y tú me lo interrogas? Hubo lucha; no te lo quiero negar; pero la pertinacia de un tutor indómito avivó el incendio que devoraba mi corazon, y decidí aceptar hasta el rapto; el rapto, que en medio de su criminalidad tiene su poesía; la poesía de la pasion, el recuerdo histórico de Páris y Elena... y Elena me llamo yo: y pedí este asilo como punto transitorio de mi amorosa peregrinacion.

CLARA. ¿Y tiene tu amante conocimiento de esta determinacion?

ELENA. Ignoro cuál es el nido donde reposa, y eso es lo que procuro averiguar para manifestarle mi decision.

CLARA. ¿Y quién es tu adorado?

ELENA. Déjale incógnito hasta ocasion más propicia. Sólo te diré, que es un doncel de armas; apuesto, gentil, donoso...

JACINTA. (Ap.) (Oyendo usted el retrato de ese caballero, olvida usted el suyo, señorita.)

CLARA. Verdad. Sígueme, querida Elena, y te mostraré la habitacion que te he preparado. Ya sabes que en los primeros momentos, hasta que yo pueda interesar á mi papá, tienes que representar el papel de costurera mia.

ELENA. El amor acepta todo linaje de sacrificios. Soy tu vasalla. Haz de mí lo que quieras.

CLARA. Pues acompáñame.

ELENA. Ya te sigo.

JACINTA. Señorita. no se detenga mucho.

CLARA. Ten el velo preparado.

JACINTA. Aquí le llevo. (Vánse por la puerta segunda derecha. Sale por el foro del estudio Guillermo, que arroja el sombrero sobre una silla.)

ESCENA XI.

GUILLERMO, luégo SATURNINO.

GUILL. (Gritando.) ¡Saturnino! (Da pasos agitados) Estoy desesperado. ¡Saturnino Timbales!

SAT. (Dentro) ¿Señor?

GUILL. Ha llegado á su colmo mi desesperacion. ¿Dónde habrá ido esta mujer, que segun me ha dicho nuestra confidenta ha desaparecido de la casa de su tutor?

SAT. (Con un mandil y enjugándose las manos.) ¿Mandemusté?

GUILL. (Mirándole de arriba abajo.) ¿Qué traje es ese?

SAT. El uniforme de la cosina. (Sonriendo.)

GUILL. ¡Subordinacion! ¡Cómo se atreve usted á reirse delante de su capitan, cuando su capitan está dado á los demonios?

SAT. (Ap.) (Hoy tenemos vapuleo. ¿Qué mosca la habrá picao?)

GUILL. ¿Quién es usted?

SAT. (Cuadrándose.) Saturnino Timbales, sordao de la cuarta compañía der segundo batayon der regimiento de Soria.

GUILL. ¿Y quién soy yo?

SAT. Don Guiyermo Sopagris, capitan graduao de comendante de la cuarta compañía der segundo batayon der regimiento de Soria.

GUILL. Acérquese usted.

SAT. (Dando media vuelta y marcando el paso.) ¡Dos uno, dos uno!

GUILL. (Mirándole de cerca cara á cara y en silencio.) ¿Por qué no se deja usted crecer el bigote?

SAT. Porque entoavía no le tengo, mi capitan.

GUILL. ¿Y por qué se deja usted crecer esta patillita?

SAT. Porque me lo ha pedío así la novia.

GUILL. ¿Y si yo se la arrancase á usted con las uñas, qué diría usted?

SAT. Que mi novia y mi capitan tenían gustos diferentes. (Temblando y viendo que Guillermo le mira en silencio.) ¡Santa Bárbara, que ma ranca la patilla!... ¡Que me la arranca! ¡Que me la arranca!

GUILL. Quítese usted el mandil.

SAT. (Quitándoselo.) Obedezco. (Ap.) (Me sarbao.)

GUILL. Ponga usted en el caballete el lienzo de la boda. (Saturnino da media vuelta, coge un lienzo apaisado en bosquejo, y le pone sobre el caballete.) Poco inspirado estoy para traa bajar. (Paseándose.) Si yo pudiera saber dónde estab Elena... Ha preferido la ingrata...

SAT. Ya está.

GUILL. Vístase usted de cura.

SAT. Ar momento. (Entra en la segunda puerta.)

GUILL. ¿Á quién pregunto? Sea lo que Dios quiera. Aprovecharé lo que resta de luz, para acentuar un poco la figura principal del cuadro, que es el cura; pues la dama misteriosa no quiere venir. Habrá comprendido que el cuadro está terminado, y que por verla yo un dia más... ¿Y quién será esta mujer?

SAT. (Sale vestido de cura con el sombrero de tejas en la mano.) Ya estoy vestío. ¿Me pongo este armario en la cabesa?

GUILL. No; daría demasiada sombra á la frente y basta para dar carácter el solideo. (Colocándole en posicion.) Ponte aquí.

SAT. (Ap.) (Ya me tutea, ya no me da mulé y pierdo el mieo.) (Coloca el sombrero sobre una silla.)

GUILL. Postura gallarda; el manto recogido con la mano izquierda y la derecha levantada con el índice derecho en son de amonestar á los recien casados. La vista fija allí. (Señalando al público.) Figúrate que los novios están de frente escuchando tu sermon. Así, no te muevas hasta que yo te avise.

SAT. (Ap.) (Pues ya estoy aviao.) Guillermo se sienta delante del lienzo, coge tiento, paleta y pinceles y trabaja mirando al modelo. Mientras salen por el escritorio Clara y Jacinta.)

ESCENA XII.

DICHOS, CLARA, JACINTA.

CLARA. Dame el velo.

JACINTA. (Dándolo.) Tómelo usted.

CLARA. (Poniéndoselo.) Ponte en acecho.

JACINTA. (Mirando desde la puerta.) Esta es la ocasion: nadie sube ni baja la escalera.

CLARA. ¿Estoy bien?

JACINTA. Échese usted el velo.

CLARA. (Echándose el velo.) Cuida de la huéspeda durante mi ausencia sin revelarle este misterio. Hasta despues. (Váse por el foro.)

JACINTA. Hasta luégo. Hoy tampoco me verá Saturnino. Acudamos al lado de la romántica.

ESCENA XIII.

GUILLERMO, SATURNINO.

GUILL. (Á Saturnino.) No te dobles, sostente derecho.

SAT. (Enderezándose.) Esto cansa más que una sentinela.

GUILL. El semblante más severo, como si reprendieras.

SAT. Como se pone usted cuando me jecha una peluca.

GUILL. Como si estuvieras predicando. (Aparece Clara levantándose el velo.)

ESCENA XIV.

GUILLERMO, SATURNINO, CLARA.

RA. Buenas tardes.

L. (De pie.) ¡Señorita! No esperaba verme hoy favorecido. (Ap. sin variar de postura.) (Jacinta no viene.)

. La llegada de una huéspeda me ha detenido. Pero si cree usted que es demasiado tarde...

GUILL. De ninguna manera. Todavía podemos aprovechar lo que resta de luz...

CLARA. Pues manos á la obra. Pero ¿qué hace ese hombre?

SAT. Estoy pedricando un sermon á unos resien casaos.

GUILL. Vamos, prepara el cuadro de esta señorita y desnúdate.

SAT. Volando. (Buscando el retrato.)

CLARA. ¿Conque vamos á empezar?

GUILL. Si usted no manda otra cosa.

CLARA. Nada. (Hace ademan de quitarse el velo y mira por el foro.) ¡Vírgen del Amparo! (Ap.) (¡Mi padre! He sido descubierta!) (Se aturde y corre de un lado para otro.)

GUILL. ¿Qué le pasa á usted, señora?

SAT. Paese una devanaera.

CLARA. Aquí va á entrar un caballero y es menester que no me vea. ¿Dónde me escondo? ¡Socórrame usted!

GUILL. Entre usted en ese aposento. (Señalando el gabinete.)

CLARA. Muchas gracias. (Se esconde.)

SAT. Otro misterio. ¿Quién será esta mujé?

GUILL. Allá veremos. Ha pedido mi amparo y se lo daré.

ESCENA XV.

DICHOS, DIEGO.

DIEGO. Servidor de ustedes. (Desde el foro.)

GUILL. Bien venido.

DIEGO. ¿Es don Guillermo á quien tengo el honor de dirigir la palabra?

GUILL. El honor es suyo.

DIEGO. (Entra saludando respetuosamente á Saturnino.) Dios le guarde.

SAT. (Inclinándose ridículamente.) Y asté tamien.

DIEGO. Me felicito de encontrar aquí á un sacerdote. Soy ante todo cristiano y prefiero que ciertas cosas se resuelvan pacíficamente; y la intervencion de este venerable señor, puede ser muy provechosa en el asunto que aquí me trae, que es bastante desagradable.

GUILL. Usted dirá. (Bajo á Saturnino.) Sigue la corriente y esmérate en las palabras para que crea lo que representas.

SAT. (Ap.) (Me voy á lusí.)

GUILL. Pendiente estamos de sus labios.

DIEGO. (Á Saturnino.) Me llámo don Diego Tirafuelles, soy funcionario público, pero jubilado.

SAT. Me yamo Saturnino Timbales. Á mí me conosen todos por er pae Timbales.

DIEGO. Yo creo haberle visto á usted ántes de ahora.

SAT. Es mu posible.

DIEGO. Esa fisonomía... ¿Dónde dice usted la misa?

SAT. (Bajo á Guiliermo) (¿Onde digo yo la misa?)

GUILL. (Alto.) En el convento de la Encarnacion. La dice de madrugada.

SAT. Yo madrugo mucho: ar toque de diana...

GUILL. (Tirándole del manto.) Habla poco.

DIEGO. (Á Saturnino.) ¿Conoce usted á fondo á este caballero?

SAT. ¿Que si le conosco? Mas que la madre que lo engendró.

GUILL. (Ap.) (¡Qué animal!)

DIEGO. Hombre, usted se ha equivocado. Pero un *lapsus lingüe* le tiene cualquiera.

SAT. Sí señó, y como estoy un poco sobresartao...

DIEGO. Preguntaba á usted si conocía á fondo á este caballero, porque acaso no sea tan bueno como á usted se le figura. ¿Sabe usted á lo que yo he venido aquí?

SAT. Dígalo usté.

DIEGO. Á llevarme á una jóven que tiene este caballerito escondida en su casa. ¿Lo sabía el padre Timbales?

SAT. Lo preguntaré. (Á Guillermo.) ¿Es verdá que tiene usté aquí escondía esa presona? Responda usté. (Ap.) (Él me sacará del aprieto.)

GUILL. Ántes de responder á esa pregunta, yo desearía saber con qué títulos se me interroga.

DIEGO. Jamás vendría con semejante encargo, si no me acompañara el derecho, lo que demostraré si encuentro resistencia. He querido evitar el escándalo; llevarme en calidad de depositada á mi casa á esa jóven inexperta.

La coincidencia de haber encontrado aquí á este venerable señor, facilita mi propósito. ¡Jóven artista, no se oponga, que la resistencia es mal camino para lograr la victoria.

GUILL. Voy á responder como caballero. Es verdad que en esta casa hay una mujer escondida á quien tengo la obligacion de proteger. Pediré su consejo, si consiente en salir saldrá; pero si me dice lo contrario, para sacarla de aquí, será necesario que me maten primero.

DIEGO. ¡Esa alternativa me aterra! Padre Timbales, evitemos desazones y ruidos que á todos nos comprometen. Persuada usted á su amigo con su palabra evangélica á que no cometa un desatino. Dígale usted algo para que se aplaque.

SAT. (Ap.) ¿Y qué le voy á desí? Por fortuna ma cuerdo de la dotrina cristiana que aprendí en la escuela.

DIEGO. ¿Vacila usted?

SAT. No, señó; aya voy. (Á Guillermo con solemnidad.) Don Guillermo. Misté señó don Guillermo; las potencias del arma son tres: mundo, demonio y carne.

DIEGO. (Ap.) ¿Qué dice este hombre?

SAT. Estos diez mandamientos se encierran en dos: en dar de comé al hambriento y en vestí ar desnuo, ántes del parto, en el parto y despues del parto.

GUILL. ¡Basta de amonestaciones!

SAT. Ya está convertío. (Pasando al lado de D. Diego.)

GUILL. Cumpliré mi promesa, que es irrevocable. Pediré el consejo de la interesada. (Entra en el gabinete.)

SAT. ¿Ve usted que cabesuo?

DIEGO. Pero en medio de todo tiene buenos arranques.

SAT. Eso sí; tiene arranques... Vaya si tiene arranques. De eso pueo yo desí argo.

DIEGO. Pero le predica usted de una manera tan extraña... Le ha dicho usted unas cosas tan... tan... yo no puedo explicarme.

SAT. Sé lo que usted me quiere desí. No tenga usted cudiao; él y yo mos entendemos. Me conose mucho.

DIEGO. ¿Qué habrá respondido la incógnita?

GUILL. (Saliendo.) La señora no se opone á la salida; pero en este momento rehusa ponerse en la presencia de usted.

DIEGO. Comprendo sus escrúpulos; digo más, los respeto. Ha conocido su error, y le molesta mi presencia.

GUILL. ¿Y qué podemos hacer?

DIEGO. Puesto que consiente en venir á mi casa, no seré yo el que la acompañe. Yo me ausento y encárguese el padre Timbales de acompañarla á mi domicilio.

SAT. Yo la acompañaré.

GUILL. ¿Dónde vive usted?

DIEGO. No puede ser más corto el trayecto. Vivo en el cuarto inmediato. La cárcel no puede ser más dulce, ni pudo estar más cercana.

GUILL. Convenido.

SAT. Asunto rematao.

DIEGO. (Á Saturnino.) ¿He podido escoger compaña mas adecuada?

SAT. Es usted hombre de mucho pesqui, aunque me esté mal en decirlo.

DIEGO. ¿Es usted andaluz?

SAT. De Seviya, naturá der barrio de la Macarena.

DIEGO. Se le conoce á usted en el acento.

SAT. En too.

DIEGO. Amonéstela usted... un sermoncito.

SAT. Pa eso me pinto yo solo.

GUILL. El tiempo urge.

DIEGO. Ya me ausento. Me felicito de este desenlace. Voy muy contento por ella... y por usted. (Á Guillermo.)

GUILL. No comprendo...

DIEGO. Dejemos correr el tiempo. ¿No es verdad, padre Timbales, que saber esperar es una gran virtud.

SAT. Sí, señó. Las virtudes teologales son cinco: ver, oir, oler, gustar y parpá.

DIEGO. Las confunde usted con los sentidos corporales.

SAT. Estoy tan convurso... Váyase usted.

DIEGO. En usted deposito toda mi confianza. (Le besa la mano.)

SAT. (Echándole la bendicion.) *Dominus vosviscum.*

DIEGO. (Á Guillermo.) Jóven artista. Yo le prometo á usted que pronto rocogerá el fruto de su buena accion; estoy revestido de las mas ámplias facultades. (Dándole la mano.) Lo dicho. (Yéndose.) Haremos la entretenida para dar lugar... He conseguido una gran victoria. (Váse.)

SAT. (Desde la puerta del foro.) Muchas felisidades y buen viaje.

ESCENA XVI.

GUILLERMO, CLARA, SATURNINO.

SAT. ¿He sabido jasé mi papé, mi capitan?

GUILL. Se necesita ser un hombre extremadamente estúpido para creer que eres cura. Pero sus últimas palabras me dejan confuso. ¡La escondida! (Desde la puerta.) Puede usted salir cuando guste.

CLARA. (Sale atribulada.) ¿Se ausentó?

GUILL. Sí, señora.

CLARA. Estoy muy reconocida al favor que me ha dispensado, y le pido licencia para ausentarme. (Atribulada.)

GUILL. ¿No merezco, señora, que usted me explique?...

CLARA. No me pida usted explicaciones. Una accion inocente me ha hecho culpable de un gran delito; no puedo dar á usted más explicaciones.

GUILL. Es que yo quiero seguir siendo su protector.

CLARA. Agradezco su buen deseo; pero... me voy.

SAT. Vámonos.

CLARA. ¿Á dónde?

SAT. Estoy encargao de acompañá á usted al cuarto de aj lao.

CLARA. (Ap.) ¡Saben dónde vivo!

CUILL. Así lo ha pedido ese caballero, añadiendo que tiene facultades para todo.

CLARA. Ya lo creo. Pero es innecesaria la compaña.

GUILL. Es una promesa que es menester cumplir. Pueden estar acechando...

CLARA. No importa. ¡Adios! (Váse corriendo.)

GUILL. (Á Saturnino.) ¡Síguela!

SAT. (Corriendo.) ¡Á la bayoneta! (Cogiendo el sombrero de teja y poniéndoselo.)

GUILL. Y yo veré desde el tramo lo que pasa. (Váse detrás.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion del acto anterior.

ESCENA PRIMERA.

JACINTA.

JACINTA. (Sale por el foro del escritorio con un candelabro con bujías que pone sobre la mesa.) Pondré luces por si viene la señora, que ya tarda demasiado. ¿Qué habrá dicho Saturnino, que tampoco esta tarde me ha visto? ¡Si supiera que somos vecinos! ¿Quién le sujetaba? Más vale que no lo sepa. Y sin embargo, ya tengo ganas de verle.

ESCENA II.

JACINTA, CLARA, SATURNINO.

CLARA. (Sale corriendo.) Entretén á ese hombre que me sigue, y despáchalo pronto. (Váse por la segunda puerta y sale Saturnino.)

JACINTA. ¡Un cura! ¿Qué se le ofrece al padre?

SAT. (Abriendo los brazos.) ¡Un abraso, pichona!

JACINTA. (Retrocediendo.) ¡Jesús, María y José!

SAT. No te asustes, (Cantando.) que aunque me ves de cura no canto misa.

JACINTA. ¡Saturnino!

SAT. Er mesmo.

JACINTA. ¿Por qué te has puesto ese traje, profano?

SAT. Esa es una historia mu larga que te contará tu señora. Por de pronto ya sé que semos vesinos, lo cual me cayaste, buena piesa.

JACINTA. ¡El amo se acerca!

SAT. Desimula; óyeme y no te rías.

ESCENA III.

JACINTA, SATURNINO, DIEGO que escucha desde el foro.

SAT. (Á Jacinta.) Cudie usté de esa señora, hasta que venga er patron, que es un señó mu respetabile, y que, segun he oido, tiene limpios poderes pa too. ¿Sa enterao usté?

JACINTA. (Reprimiéndose.) Sí, señor.

SAT. (Bajo á Jacinta.) (Bésame la mano y hasme una reverensia.

JACINTA. (Bajo.) Yo no hago eso.)

SAT. Pos me voy ar convento de la Encarnasion donde digo la misa, segun man enterao presonas... (Volviéndose y quitándose el sombrero.) ¡Ah! ¿Estaba usté aquí, cabayero? Como estaba usté á mi retaguardia, no pude diquelarle.

DIEGO. ¿Y la indivídua?

SAT. Adrento. Ya le leí la ordenanza. La he dejao más suave que una sea. Saluo á usté con los respeutos de mi conmiserasion.

DIEGO. Ya sabe usté donde tiene su casa.

SAT. Y usté ya sabe dónde digo la misa. (Echando la bendicion á Jacinta.) *Ite misa est.*

JACINTA. (Ap.) (Me ausento porque no voy á poder contener la risa.)

ESCENA IV.

DIEGO, luégo SATURNINO, GUILLERMO.

DIEGO. (Mirando por donde se fué Saturnino.) ¿Si estará demente este venerable señor. Habla de una manera tan inconexa, y á veces tan disparatada... Pero pensemos en lo esencial, que es en abreviar los trámites para casar á estos jóvenes cuanto ántes. (Se sienta á escribir.) Haré á mi amigo don Francisco una relacion circunstanciada de todo y le aconsejeré lo que me parece mejor en el caso. (Sale por el estudio Saturnino y detrás Guillermo.)

SAT. (Dando saltos) ¡Ya sabemos dónde viven! ¡Ya se descubrió la ratonera!

GUILL. Pero ¿qué ha pasado?

SAT. (Desnudándose.) Que tengo que echá er tosino y la morsilla en er puchero, y sa habrá pasao la candela de la horniya, sígame usté y se lo contaré toito mientras come la sopa. (Váse quitándose la sotana.)

GUILL. Te escucharé. (Le sigue por la segunda puerta.)

ESCENA V.

DIEGO, CLARA, ELENA.

DIEGO. (De pié y rompiendo un papel.) Mejor será que yo le explique de palabra... (Reparando en Clara y Elena, que viene detrás.) ¡Hola! La que viene detrás de mi hija es la fugitiva; la reconozco.

CLARA. (Acercándose con timidez, mientras que Elena se mantiene á cierta distancia.) ¿Papá? ¿Querido papá?

DIEGO. (Ap.) (Viene á interceder por la fugitiva. ¡Qué alma tan cándida! Finjamos severidad.)

CLARA. ¿No quiere usted escucharme?

DIEGO. ¡No, señora, porque adivino la embajada!

CLARA. Siempre ha sido usted indulgente.

DIEGO. Pues ahora no quiero serlo.

ELENA. (Ap.) (¡Oh terquedad!)

CLARA. ¿Será usted capaz de revelar á mi esposo?...

DIEGO. Eso no. Lo que saben dos no quiero que lo sepan seis.

CLARA. (Ap.) (Del mal el menor.)

DIEGO. Pero la culpa es demasiado grave para que yo la perdone. Pasos tan inmorales y escandalosos...

CLARA. ¡No tolero tan severa inculpacion!

DIEGO. ¡Cómo!

CLARA. Una reclusion inmoderada trae estos resultados, que despues de todo, si bien se analizan, no significan nada. Conozco yo señoras casadas que á espaldas de sus maridos han hecho otro tanto.

DIEGO. (Santiguándose.) ¿Qué estás diciendo? ¿Qué enseñanza das á los que te escuchan?

CLARA. Doña Rita, la mujer del brigadier Sarmiento, hizo una escapatoria igual; la trama duró quince dias, porque el artista aprovechó bien el tiempo. Descubrió el marido el juego; aplaudió la travesura de su esposa, y encontró el suceso muy natural.

DIEGO. (Asombrado.) ¿Estoy viviendo entre locos?

ELENA. (Se adelanta.) Perdona, Clara mia.

CLARA. ¿Estabas aquí?

ELENA. Sí; déjame ser abogada de mi causa.

CLARA. (Ap.) (¿Qué pretende mi amiga?

ELENA. (Á Diego.) Señor; me antepongo al pecado y no quiero que mi amiga disminuya la culpa. Ha conocido usted que soy una tránsfuga; pero ya me cobija este techo hospitalario; compadezca á la pecadora, que puesta de hinojos. (Se arrodilla.) pide la reparacion con la penitencia del sufrimiento.

DIEGO. (Levantándola.) Ese lenguaje, no solamente me persuade, sino que hasta me enternece. Mayor pudo ser el extravío, y creo que se ha puesto el remedio á tiempo.

CLARA. (Ap. y asombrada.) (¿Qué es lo que voy descubriendo?)

ELENA. Celebro que mi protector así lo reconozca. Dios me ha salvado encontrando en la senda del error un faro luminoso.

DIEGO. (Á Clara.) Tiene una locuacidad interesante. No me desagrada.

ELENA. No soy merecedora de tanto elogio.

DIEGO. Vamos á remediar el mal, poniendo cada uno de nuestra parte lo que podamos, para lo cual he de merece r de usted que me dé una relacion detallada del lugar de su nacimiento, y de todo lo que pueda contribuir á sacar su partida de bautismo, etc., etc.

ELENA. Será usted complacido. Escribiré á usted mi biografía, y en ella encontrará las vicisitudes de esta huérfana.

DIEGO. Así lo creo.

ELENA. Adios, venerable protector. Déme á besar su mano.

DIEGO. Pero...

ELENA. No me niegue el respetuoso homenaje que merece la ancianidad.

DIEGO. Si es empeño... (Dale á besar la mano.)

ELENA. (Con actitud dramática.) Adios, venerando protector. (Vase con aire de majestad.)

ESCENA VI.

DIEGO, CLARA.

DIEGO. Al principio me seducía su palabra; pero ahora reparo por sus ademanes que esa jóven no está en su cabal juicio.

ELENA. ¿Y qué delito ha cometido?

DIEGO. Una culpa muy grave, que tú has querido atenuar con ejemplos sediciosos que reprueba la moral. ¿Acaso no sabías toda la magnitud de su pecado?

ELENA. ¿Qué ha hecho?

DIEGO. He sacado á esa jóven de la casa de nuestro vecino el pintor, con el cual vivía ilícitamente.

CLARA. ¿Y está usted seguro, que era Elena la que estaba en casa del pintor?

DIEGO. ¿Pues no he de estarlo? Yo mismo he ido por ella. El padre Timbales la ha conducido aquí. En fin, ya te ex-

plicaré despacio... Ahora voy á descansar un rato leyendo los periódicos de la tarde. (Váse.)

ESCENA VII.

CLARA, GUILLERMO, SATURNINO.

Salen por el estudio Guillermo y Saturnino; éste con una palmatoria con luz, que pone sobre una mesa, y un cepillo, con el cual cepilla la ropa que lleva puesta Guillermo.

CLARA. (Reflexiva.) Ahora voy comprendiendo.

SAT. ¿Conque nos las guiyamos?

GUILL. Sí; á jugar el todo por el todo. Ya sabemos donde vive, y esa mujer necesita mi amparo.

CLARA. No hay que dudarlo; el pintor es el amante de Elena. ¡Si ella supiera que le tiene tan cerca! Si la trama se descubre, sabrán mi papá y mi marido que era yo la... Es necesario impedirlo. ¡Qué vergüenza!

GUILL. Basta, no me cepilles más.

SAT. Sa puesto usted la ropa nueva, y sa perfumao. ¿Piensa usted ver á la dama?

GUILL. Nada preguntes, y sígueme. (Váse por el foro.)

SAT. (Ap.) (Jago farta. Pegaré un soplo á la vela.) (Apaga la luz.) ¡Paso da ataque! (Sigue á Guillermo.)

ESCENA VIII.

CLARA, luégo JACINTA, GUILLERMO.

CLARA. Me avergonzaría yo misma delante de mi amiga Elena. Su fuga me ha salvado. Pero el pintor sabe donde vivo. No creo que se atreva, aunque se haya empeñado en protegerme, creyéndome víctima, á pisar esta morada. Él en medio de todo es comedido.

JACINTA. (Sale atribulada.) ¡Señorita!

CLARA. ¿Qué significa ese azoramiento?

JACINTA. El pintor y su criado están en el recibimiento. El artista se empeña en hablar á usted.

CLARA. ¡Jamás!

JACINTA. No le puedo convencer.

CLARA. No puede entrar aquí.

GUILL. (Aparece.) Mire usted si puedo.

CLARA. ¡Caballero! Yo no le he autorizado...

GUILL. Creo que al entrar aquí cumplo con un deber de conciencia.

JACINTA. (Ap.) (Se detiene. Hablaré un rato con Saturnino en el recibimiento y estaré en acecho por si viene don Facundo.) (Váse por el foro.)

ESCENA IX.

CLARA, GUILLERMO.

GUILL. Desaparezca esa agitacion que le excita mi presencia, que soy su amigo verdadero y vengo decidido á sacar á usted de esta reclusion.

CLARA. Le estoy muy reconocida; pero dentro de esta casa la presencia de usted me compromete. Yo le suplico que se vaya. Otro dia le explicaré...

GUILL. ¿Y por qué no en este momento?

CLARA. No puede ser.

GUILL. ¿No ha conocido usted que me intereso en su desgracia?

CLARA. Guarde usted ese sentimiento para otra mujer. (Con intencion.)

GUILL. No comprendo.

CLARA. ¡Por Dios, váyase usted!

ESCENA X.

DICHOS, JACINTA, SATURNINO.

Jacinta y Saturnino salen corriendo.

JACINTA. ¡El señorito don Facundo!

CLARA. ¡Cielos! (Se aturden los cuatro y corren de un lado para otro tropezándose.)

SAT. ¡Er casero! ¡er casero! ¡er casero!

JACINTA. ¿Dónde los escondo?

GUILL. ¡Qué laberinto!

SAT. Estamos jugando á la gayina siega.

JACINTA. (Señalando al gabinete de la derecha.) Entren ustedes aquí, que luégo los sacaré.

GUILL. (Resistiendo.) ¿Esconderme yo?

CLARA. No hay otro remedio.

SAT. (Empujando á Guillermo.) ¡Que viene el lobo; á la gasapera!

JACINTA. (Entornando.) Luégo volveré por ellos. (Váse.)

CLARA. ¡Me dejan sola! (Quiere escapar y aparece Facundo por el foro.)

ESCENA XI.

DICHOS, CLARA, FACUNDO.

FAC. ¿Por qué me huyes?

CLARA. (Confusa.) No he querido huir.

FAC. Eres rencorosa; olvida pasados enojos y vamos á pensar en el presente. (Cogiéndole la mano.) Te encuentro agitada y temblorosa.

CLARA. ¿Á mí?

FAC. Á tí. Hoy he querido demostrar que sé cuál es tu gusto y tus inclinacianes. Ya ha quedado satisfecho tu deseo.

CLARA. ¿Mi deseo?... No comprendo...

FAC. (Señalando al gabinete) En ese aposento está escondido el objeto de tus afanes.

CLARA. (Ap.) (¡Dios mio!)

FAC. Es una pieza excelente; como cosa en la cual has puesto tú los ojos.

CLARA. ¡Facundo!

FAC. En fin, ahí tienes el objeto que deseabas. ¿Puedo ser más amable, ni más condescendiente, cuando yo mismo te traigo á casa aquello de que te has enamorado?

CLARA. ¡Esa es una ofensa; un ultraje que rechazo!

FAC. No presumas que me ofendo. ¿Qué mujer no tiene un capricho?

CLARA. ¡Basta de ironías! Haga usted averiguaciones más exactas ántes de emplear el sarcasmo. (Váse.)

ESCENA XII.

FACUNDO, GUILLERMO, SATURNINO.

FAC. (Confuso.) ¿Qué me dice mi mujer? He querido hacer las paces, y para cimentar la conciliacion, hago el sacrificio de comprar el reloj de sobremesa de que estaba tan deseosa; y ahora descubro que no era eso lo que deseaba. ¡Un reloj que me ha costado cuatro mil doscietos reales! (Óyese un estrepitoso ruido en el gabinete, que indica la caida de un velador y de un reloj de sobremesa con fanal de cristal.)

GUILL. (Dentro.) ¡Animal! ¿Qué has hecho?

SAT. (Dentro.) Un estrupisio.

FAC. (Aturdido.) ¡Hay gente en ese aposento! Me han roto el reloj. (Se dirige al gabinete y abre la puerta.) Veremos. (Aparecen Guillermo y Saturnino.) ¿Qué veo? ¡El vecino!

GUILL. El mismo.

FAC. (Señalando á Saturnino.) ¿Y quién es ese hombre?

SAT. Saturnino Timbales, sordao de la cuarta compañía der segundo batayon der regimiento de Soria.

FAC. (Á Guillermo.) ¿Quién le ha introducido á usted en ese aposento?

SAT. Yo, que le arrimé un metio y le ije: «¡Á la gasapera!»

FAC. (Á Saturnino.) Nadie le ha dado á usted vela en este entierro.

SAT. ¿Dónde está er defunto?

GUILL. (Á Saturnino.) ¡Silencio!

SAT. (Encogiéndose de hombros.) ¡Chiton!

GUILL. (Á Facundo.) Aquí estoy yo para responder á usted.

FAC. ¿Qué hacía usted en ese aposento?

GUILL. Lo que puede hacer un hombre encerrado en una habitacion á oscuras; andar á tientas.

SAT. (Preparando la navaja y observando.) Como le toque ar pelo, le jago un jabeque en la cara pa que sa cuerde de mí.

FAC. ¿Quién le ha metido á usted en ese aposento?

GUILL. Timbales me dió un empujon y...

FAC. ¡No es momento de bromas, caballero!

GUILL. ¿He dicho yo que lo sea? Respondo sencillamente á lo que se me pregunta.

FAC. ¿Á qué ha venido usted á esta casa?

GUILL. Á proteger una señora que se halla aquí en calidad de prisionera.

FAC. ¿Prisionera una señora en mi casa?

GUILL. No lo dude usted.

FAC. ¿Cómo se llama esa señora?

GUILL. No lo sé.

FAC. Yo he visto á mi mujer aturdida. Si ha venido usted con fines siniestros, estas faltas se lavan con sangre.

GUILL. ¿Está aquí prisionera su mujer de usted?

FAC. ¿Cómo puede usted imaginar tal disparate?

GUILL. Entónces no es su mujer de usted á la que he venido á buscar. Conque buenas noches.

FAC. ¿No tenía usted proyectado un rapto?

GUILL. Esa es harina de otro costal. La que yo pensaba robar se ha evaporado. La prisionera es otra. No perdamos tiempo. Lo dicho, dicho está. (Saludando.) Servidor. (Váse.)

SAT. (Saludando militarmente.) ¡Aburrr! (Sigue á Guillermo guardando la navaja.)

ESCENA XIII.

FACUNDO, luégo DIEGO.

FAC. ¿Qué es lo que pasa aquí? ¿Qué debo suponer?... (Reparando desde la puerta del gabinete.) El velador derribado y el reloj convertido en menudas piezas. Aquí existe una traicion inícua. La turbacion de Clara cuando señalé á esa puerta... Todo coincide...

DIEGO. (Atribulado.) ¿Qué sucede, Facundo? ¿Por qué llora mi Clara?

FAC. Pregúnteselo usted á ella.

DIEGO. No me lo quiere decir.

FAC. ¡Pasa una cosa grave, señor suegro! ¡Una cosa que me obligará á pedir otra cosa!

DIEGO. ¿Qué cosa?

FAC. ¡El divorcio!

DIEGO. (Santiguándose.) ¡Jesús, María y José!

FAC. El fallo será irrevocable.

DIEGO. Yo no creo que mi hija haya dado lugar á que des semejante escándalo. ¿Qué has visto para alimentar determinacion tan poco racional?

FAC. ¡Clara tiene un amante!

DIEGO. ¡Calumnia! ¡La prueba!

FAC. He visto escondido en ese gabinete al pintor de al lado con un llamado Timbales.

DIEGO. ¿Con un cura?

FAC. Con un pillastre.

DIEGO. El padre Timbales es un cura que dice la misa en el convento de la Encarnacion.

FAC. El tal Timbales es un soldado.

DIEGO. Un cura.

FAC. Un soldado del regimiento de Soria.

DIEGO. ¿El padre Timbales?

FAC. No toque usted el violon.

DIEGO. (Ap.) (¿Si estará tambien loco mi yerno?)

FAC. En definitiva, yo he visto aquí al pintor de al lado, y segun todas las apariencias, ha venido atraido...

DIEGO. Por otra que no es tu mujer.

FAC. ¿Hay otra, por ventura?

DIEGO. Ya decía yo. Tranquilízate. El pintor ha venido buscando á otra que no conoces. Pero quiero evitar nuevas desazones, y en este momento voy á tomar medidas radicales. (Ap.) (Buscaremos á ese maldecido pintor.) (Alto.) Hasta luégo. (Váse.)

ESCENA XIV.

FACUNDO, luégo ELENA.

FAC. ¿Pues á quién ha venido buscando entónces? ¿Dónde está esa incógnita prisionera? (Sale Elena con un gran cuaderno manuscrito en la mano.)

ELENA. Aquí traigo, señor, recapitulado el proceso de mi vida. (Se detiene y hace á Facundo una ridícula reverencia.) Disimule usted la súbita interpelacion; creía...

FAC. (Ap.) (Si será esta?) (Alto.) No tengo el gusto de conocer á usted, señorita.

ELENA. Yo soy, caballero, un ser abstracto.

FAC. (Ap.) (¡Cuánta extravagancia!) (Alto.) ¿Cómo es su gracia de usted si no es indiscreta la pregunta?

ELENA. Me llamo Elena, y soy muy desgraciada.

FAC. Sus palabras me revelan que está usted enamorada.

ELENA. Verdad, caballero, ¿para qué negarlo?

FAC. ¿Y podría yo conocer á su amante?

ELENA. ¿Quién sabe? ¿Quiere usted conocerle?

FAC. Eso no se pregunta.

ELENA. Me inspira usted confianza y haré con usted lo que no hice con ninguno de esta morada. (Saca del pecho un medallon.) Aquí traigo su imágen. (Mostrando el medallon.) Diga usted si este Adonis no es digno de un arrebato.

FAC. (Ap.) (¡El pintor! Ya estoy tranquilo.)

ELENA. ¿Qué juicio ha formado usted?

FAC. Es un jóven bizarro. Le conozco.

ELENA. ¿Le conoce usted?

FAC. Mucho. Somos amigos.

ELENA. ¡Oh ventura!

FAC. ¿Quiere usted verle?

ELENA. ¿Pues no he de querer verle?

FAC. ¿No había en proyecto una especie de evasion?

ELENA. Á la cual me opuse, temerosa de la murmuracion. Por eso cogí esta residencia como puerto bonancible de un arranque impremeditado.

FAC. Yo me ofrezco á presentar á usted á su amante esta misma noche. Prepárese usted de manera para salir conmigo no muy lejos de aquí. Volveré pronto; no emplearé más tiempo que el que necesito para avisar á don Guillermo.

ELENA. (Arrebatada.) Alma inagotable en la proteccion. Vuela al encuentro de ese pájaro errante. Corro al tocador.

FAC. Está muy bien.

ESCENA XV.

FACUNDO.

Pues señor, ¿cómo se encuentra esta jóven aquí? ¿Quién la ha traido? Don Guillermo debe estar agraviado, y la mejor satisfaccion que puedo darle, es presentarle á su adorada, á la que sin duda venía buscando. Veré si le encuentro en el Suizo, que es donde suele estar á esta hora con sus amigos. No me quiero detener.

ESCENA XVI.

CLARA, ELENA.

ELENA. (Con sombrero) ¡Oh felicidad cumplida!

CLARA. Pero explícame...

ELENA. Voy á ver al hombre que idolatra mi corazon.

CLARA. (Ap.) (Voy á ser descubierta y es necesario impedir el bochorno.)

ELENA. Regocíjate, amiga.

CLARA. Yo no puedo consentir que salgas. Mi papá tampoco lo consentiría.

ELENA. ¿Y eres tú la que pondrías estorbos á mi felicidad?

CLARA. No saldrás.

ELENA. No hay valladar que me detenga.

CLARA. Tu decoro lo impide y no lo consentiré.

ELENA. Yo he de salir. ¡Clara, no me precipites! (Con arrebato.)

ESCENA XVII.

CLARA, ELENA, DIEGO.

DIEGO. ¿Qué voces son estas?

CLARA. Á tiempo llega usted. Esta señorita se empeña en salir para ver á su amante en su casa; la amonesto para que desista, y se obstina...

DIEGO. ¿Cómo se entiende? Hace un momento que la saco de la casa del seductor ¿y ya quiere usted volver á la misma casa para continuar desmereciendo?

ELENA. ¿Qué dice usted? ¿De qué casa me ha sacado usted?

DIEGO. ¿Ha perdido usted la memoria?

CLARA. (Ap.) (¡Qué apuros!)

ELENA. Desenvuelva usted su pensamiento de manera que llegue fácil á mi inteligencia.

DIEGO. No hay mucho que discurrir para ello. Se fugó usted de la casa de su tutor y se metió usted en la de don Guillermo, con el cual ha vivido usted ilícitamente hasta que yo la he sacado, es decir, yo no, el padre Timbales que la vino acompañando.

ELENA. ¿Yo he vivido con Guillermo?

DIEGO. Con él estaba usted cuando fuí á buscarla.

ELENA. ¿Yo?

DIEGO. ¿Lo negará usted? ¿No vino usted aquí acompañada del padre Timbales?

ELENA. ¿Qué padre Timbales?

DIEGO. Un cura que dice la misa en el convento de la Encarnacion.

ELENA. (Á Clara.) ¿Y tú guardas silencio? ¿Consientes que el autor de tu existencia sea tan pródigo y dispendioso en la impostura?

CLARA. Mi papá no puede mentir.

ELENA. (Fuera de sí.) ¡Oh confabulacion inícua! ¿Qué planes habeis concertado? ¿Cuáles son vuestros velados designios? Voy á esconder mi desventura en la estrecha celda que me habeis dado, y os dejo con vuestros remor-

dimientos y con vuestro padre Timbales! (Váse.)

ESCENA XVIII.

CLARA, DIEGO.

DIEGO. Está loca rematada. Mi casa se ha convertido en un manicomio.

CLARA. Loca no está; pero sus amores la han sobresaltado.

DIEGO. Me ha venido Dios á ver con el encargo de mi amigo y su dichosa pupila. ¡Y ese maldecido pintor, que me dijo la portera que habia salido! Corro á buscarle de nuevo. Tú, Clara, tranquiliza á esa desventurada, no cometa algun disparate. Hasta luégo. (Váse.)

CLARA. Lo que yo haré será preparar el terreno para decir la verdad, á fin de tranquilizar á todos, y tranquilizarme yo misma. (Váse, y salen por el estudio Guillermo y Saturnino con una luz en la palmatoria.)

ESCENA XIX.

GUILLERMO, SATURNINO.

SAT. Ande con tiento, no pegue un trompicon. Ya tenemos luz.

GUILL. He resuelto el problema. Soy tenaz, y he de lograr mi objeto. No me acuesto esta noche sin saber quién es esa mujer.

SAT. Miste no le sarga la criada respondona.

GUILL. Quiero seguir el camino derecho. Coge el retrato de la dama misteriosa, y envuélvelo en un paño.

SAT. Obedesco. (Coge un retrato en busto pintado al óleo con moldura dorada y le envuelve en un paño blanco.)

GUILL. Puede decirse que el retrato está terminado. Se acabaron los misterios.

SAT. ¿Qué piensa usté jasé?

GUILL. Carga con la pintura y sígueme. (Váse.)

SAT. Andando. (Coge el retrato, apaga la luz y sigue á Guillermo. Sale por el escritorio Facundo.)

ESCENA XX.

FACUNDO, luégo GUILLERMO, SATURNINO.

FAC. Trabajo inútil: no estaba en el Suizo. Tendré que renunciar por esta noche, á pesar de los deseos que tengo de darle una satisfaccion cumplida, porque á decir verdad estuve un poco duro con él. Me cuesta la pérdida de un reloj de sobremesa. (Mirando por la puerta del gabinete.) Desde aquí contemplo los destrozos con harto dolor de mi corazon. (Salen Guillermo y Saturnino. Éste coloca el retrato contra el espaldar de una silla apoyándole en el asiento.)

GUILL. Buenas noches.

FAC. (Volviéndose.) ¿Quién es?

GUILL. Un servidor de usted.

FAC. (Con dulzura.) Muy bien venido. En su busca salí sin tener la fortuna de encontrarle.

GUILL. ¡Qué amabilidad!

FAC. Alargue usted esa mano, y estréchela con la mia.

GUILL. (Ap.) (¿Qué será esto?)

FAC. No vacile usted, pelitos á la mar. Venga esa mano.

GUILL. Tómela usted. (Se dan las manos.)

SAT. (Observando.) (Jasinta pasa por allí.)

FAC. Seremos amigos.

SAT. (Ap.) (¡Me llama!)

GUILL. Acepto.

SAT. Yo me escurro, ya que son amigos y no me diquelan. (Váse de puntillas por la primera puerta derecha.)

ESCENA XXI.

GUILLERMO, FACUNDO.

FAC. ¿Extrañará usted esta mudanza tan repentina? Se ha desbaratado el misterio.

GUILL. ¿De veras?

FAC. Sí, señor; ya estoy tranquilo y regocijado. Es usted responsable de un reloj que me ha despedazado.

GUILL. Fué mi asistente; pero le pagaré.

FAC. No me debe usted nada. Doy por bien empleado el quebranto en cambio de la tranquilidad de mi ánimo.

GUILL. ¿Estaba usted intranquilo?

FAC. ¡Mucho! Me adeuda usted dos meses de alquiler.

GUILL. Verdad.

FAC. Pues están perdonados.

GUILL. ¡Oh sublime casero! ¿Y á qué debo tanta generosidad?

FAC. Á que he sabido quien era la mujer que usted buscaba; no era la mia.

GUILL. Ya le dije yo á usted, que no era posible...

FAC. La calumnié; mis celos exageraron mi sospecha. ¡Pobrecita mía!

GUILL. Pues yo había venido resuelto á salir de dudas, y para ello traje su retrato á la interesada.

FAC. ¿Ha traido usted su retrato?

GUILL. Sí, señor; mírelo usted. (Levanta el paño y descubre la pintura.)

FAC. ¿Qué miro?

GUILL. ¿Está parecida?

FAC. (Reprimiéndose.) Mucho.

GUILL. Hay en esa fisonomía algo espiritual; y sobre todo, mucha travesura, ¿no es verdad?

FAC. (Frotándose las manos con rabia.) ¡Verdad!

GUILL. Lo dice usted de una manera...

FAC. (Asiéndole de la mano.) ¡Mañana me paga usted el reloj que me ha roto, y los dos meses de alquiler que me ha devengado!

GUILL. ¿Quién motiva esa variacion tan súbita?

FAC. ¡Ese retrato! ¡Esa mujer! Ella le expulsa á usted de la casa que habita.

GUILL. ¿Es la casera?

FAC. Si, señor, la casera. ¡Es mi mujer! ¿Lo ha entendido bien? ¡Mi mujer!

GUILL. Pues esa es la prisionera que yo he venido buscando.

FAC. Eso no puede ser. Ya veo claro; sé lo que esto significa.

GUILL. ¿Qué es lo que esto significa?

FAC. ¡Que uno de los dos está de más en el mundo!

GUILL. Y ese es usted.

FAC. Allá lo veremos. ¡La sangre va á correr á torrentes!

GUILL. ¡Qué atrocidad!

FAC. Prohibo á usted que salga de esta casa; ahora es usted mi prisionero. Voy á tener una entrevista con mi esposa, y despues hablaremos. ¡Soy un Otelo! No tardaré. (Váse.)

ESCENA XXII.

GUILLERMO, luégo DIEGO.

GUILL. (Cubriendo la pintura.) Volvemos al primitivo laberinto. Conque tengo que pagar el reloj; los dos meses de alquiler; y por fin de fiesta va á correr la sangre á torrentes. (Sale Diego por el foro sin ver á Guillermo, y se sienta aplomado.) ¡Ni muerto, ni vivo!

GUILL. (Volviéndose.) ¿Qué veo?

DIEGO. ¿Dónde se habrá metido ese condenado pintor que Dios confunda?

GUILL. (Presentándose.) ¡Qué buenas ausencias le merezco!

DIEGO. (De pie y sonriendo.) ¡Qué fortuna! Se ha logrado mi deseo. Le he buscado á usted por todas partes.

GUILL. (Ap.) (Tambien este me busca.) (Alto.) Pues aquí me tiene usted.

DIECO. (Con cariño.) Venga esa mano.

GUILL. (Ap.) (Este tambien me pide la mano.) (Alto.) Allá va la mano. (Se dan las manos.)

DIEGO. ¡Apriete usted! ¡Hombre, no tanto! Me ha lastimado usted.

GUILL. Como te quiero te aprieto.

DIEGO. Ahora deme usted un abrazo... con moderacion. (Se abrazan.)

GUILL. (Ap.) (Dejémonos querer.)

DIEGO. (Dándole palmaditas en la mejilla.) ¡Picaronazo! Ha traido usted revuelta mi casa. Pero gracias al cielo ya hemos salido de confusiones.

GUILL. ¿Cree usted que hemos salido...

DIEGO. Sí, señor; quiero cortar por lo sano. ¡Asómbrese usted! ¡Aquella desventurada, ha querido escaparse y volver á su casa de usted!

GUILL. ¿Es posible?

DIEGO. Sí, señor. Está perdidamente enamorada de usted. Está lo que se llama loca por usted.

GUILL. Pues mientras estuvo en mi casa, le aseguro á usted que no demostró...

DIEGO. Pues aquí ha sido otra cosa. Yo francamente, temo que haga algun desatino, y por lo tanto he resuelto casarlos á ustedes.

GUILL. (Mirando á Diego con asombro.) ¡Hombre! ¿qué está usted diciendo?

DIEGO. No quiero andar con paños calientes.

GUILL. Pero hay un obstáculo que impide casarme con esa mujer.

DIEGO. ¡Tengo ámplios poderes para casarlos á ustedes.

GUILL. Recapacite usted lo que dice.

DIEGO. ¡Cuando le digo á usted que tengo poderes!... poderes ilimitados!... ¿Por qué sonrie usted?

GUILL. Porque toca usted el violon.

DIEGO. Yo no toco el violon.

GUILL. Yo no puedo casarme con esa mujer.

DIEGO. ¿Quién lo impide?

GUILL. Su marido.

DIEGO. ¿Qué marido?

GUILL. ¡El suyo! ¿Ignora usted que esa mujer está casada?

DIEGO. ¿Casada?

GUILL. Sí, señor, y muy casada.

DIEGO. Pero si tengo la autorizacion de su tio para casarlos á ustedes.

GUILL. Pues su tio ignora que está casada.

DIEGO. Elena no está casada.

GUILL. ¿Cómo Elena?

DIEGO. ¿No ama usted á Elena?

GUILL. Amo á Elena, si señor.

DIEGO. ¿Y está casada Elena?

GUILL. No señor, Elena no está casada.

DIEGO. Entónces, ¿por qué me ha dicho ántes que estaba casada?

GUILL. Porque yo me he referido á la fugitiva, á la que usted encontró en mi casa.

DIEGO. ¡Pues esa es Elena!

GUILL. No señor; Elena no ha sido la que usted sacó de mi casa.

DIEGO. ¿No era Elena la que vino aquí acompañada del padre Timbales?

GUILL. No señor; el padre Timbales vino acompañando á otra mujer que no es Elena.

DIEGO. ¿Pues quién es?

GUILL. No sé cómo se llama; pero no es Elena.

DIEGO. ¿Á quién ha venido usted buscando á esta casa?

GUILL. Á la que usted sacó de la mia.

DIEGO. Pues, maldito de cocer, esa es Elena.

GUILL. Hombre, no porfie usted; Elena no está en su casa de usted.

DIEGO. ¿Qué no está en mi casa Elena?... (Enfurecido.) ¿Se atreve usted á decir que Elena no está en mi casa? Hombre, me están dando tentaciones de restregársela á usted por los hocicos.

GUILL. No lo niego; usted podrá traerme á la fugitiva; pero esa no es Elena.

DIEGO. ¡Señor; estoy viviendo entre locos! ¡Queda rota nuestra amistad!

GUILL. Ya yo lo presumia.

ESCENA XXIII.

GUILLERMO, DIEGO, ELENA.

ELENA. (Sale presurosa, y al ver á Guillermo se detiene en actitud dramática.) ¡Ya pareció!

GUILL. ¡Querida Elena!

ELENA. ¡Qué felicidad! (Se abrazan.)

GUILL. ¡Oh dicha!

DIEGO. (Á Guillermo.) Vamos á ver... ¿qué me dice usted ahora?

GUILL. Va usted á quedar convencido. (Á Elena.) Querida Elena, ¿quién te ha traido á esta morada?

DIEGO. El padre Timbales.

ELENA. ¿Qué dice ese prófugo de la razon?

GUILL. No porfíe usted... Elena no ha estado en mi casa.

DIEGO. ¿Pues á quién vino acompañando el padre Timbales?

CLARA. (Saliendo.) Á mí.

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS, CLARA, FACUNDO, JACINTA, SATURNINO.

SAT. (Á Diego.) Tengo er gusto de presentar á usté ar pae Timbales, sordao de la cuarta compañía der segundo batayon der regimiento de Soria.

DIEGO. ¿Qué burla ha sido esta?

SAT. Fué usté mesmo er que me consagró; er que me dió lisensia pa desí misa y hasta pa pedricá. Si ahora me la da usté pa casá, cojo á estas dos tórtolas y les jecho la escomunicasion nunsial, disiéndoles: ego te sorbo pecatis, garabati garabatorun. Esto en casteyano quie desi: er sielo os haga bien casaos.

DIEGO. Pero, ¿quién me explica?...

FAC. Fué á Clara, á la que sacó usted del estudio del pintor.

DIEGO. ¿Y qué hace allí?

FAC. (Descubriendo el retrato.) Aquí está el cuerpo del delito, que yo he perdonado.

DIEGO. Pero Elena...

CLARA. Desde la casa de su tutor se vino directamente á la nuestra.

DIEGO. ¡Qué se casen Elena y Guillermo cuanto ántes!

ELENA. ¡Oh dicha!

GUILL. Se realizaron nuestros deseos.

FAC. (Á Guillermo.) No me debe usted nada.

GUILL. Gracias.

SAT. (Á Jacinta.) ¿Nos casamos?

JACINTA. ¡Qué locura!

SAT. ¿Es qué estás arrepentía?

JACINTA. Pero el público diría
que me caso con un cura.

SAT. Vamos, niña, no se esponge,
que el público no se asusta,
y aplaude lo que le gusta.
El hábito no hace al monje.

JACINTA. Oye. (Le habla al oido.)

SAT. Me dice al oido
que nos deis una palmada;
que ella en cambio no hará nada
Á ESPALDAS DE SU MARIDO.

FIN DE LA COMEDIA.

DICION AL CATÁLOGO DE 1.° DE MARZO DE 1879.

TÍTULOS.	Actos.	AUTORES.	Prop. que corresponde
COMEDIAS Y DRAMAS.			
cuerpo del delito..... ...	1	D. José Jackson Veyan..	Todo.
citas de Carlota.....	1	Luis Cocat..... ..	»
dido por mil.....	1	E. Navarro.....	»
mera carta de amor.....	1	E. Navarro.....	»
espaldas de su marido.....	2	Ildefonso A. Bermejo.	»
la piedra de toque.....	2	E. Alvarez Gimenez.	»

PUNTOS DE VENTA.

MADRID.

En las librerías de los *Sres. Viuda é Hijos de Cuesta*, calle de Carretas, núm. 9; de *D. Fernando Fé*, Carrera de San Jerónimo, núm. 2, y de *D. M. Murillo*, calle de Alcalá, número 7, y de *D. Manuel Rosado*, Puerta del Sol, núm. 9.

PROVINCIAS Y ULTRAMAR.

En casa de los corresponsales de esta Galería.

PORTUGAL.

Agencia de *D. Miguel Mora*, Rua do Arsenal, núm. 94.—Lisboa.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente á los EDITORES, acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas, sin cuyo requisito no serán servidos.